

La Comédiathèque



Error de la Funeraria a tu favor

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Error de la Funeraria a tu favor

Jean-Pierre Martinez

Adán organizó una pequeña recepción para honrar las cenizas de su abuelo recientemente fallecido. Pero debido a un error de la Funeraria, su propio nombre figura en la tarjeta de condolencias...

Personajes

Adán: el nieto del difunto

Eva: su esposa

Victoria: su suegra

Yolanda: su abuela

Juan (o Juana): su propietario(a)

Gabriel (o Gabriela): su galerista

Antonio: un amigo

Gloria: una amiga

Manuel (o Manuela): encargado(a) de la funeraria

El Padre Francisco: un cura

Los roles del propietario, de la galerista y del encargado de la funeraria pueden ser interpretados tanto por actores como por actrices.

Un actor o actriz puede desempeñar varios de estos roles.

La distribución es muy flexible. A modo indicativo:

10 actores/actrices: 3H/7M, 4H/6M, 5H/5M, 6H/4M

9 actores/actrices: 3H/6M, 4H/5M, 5H/4M

8 actores/actrices: 3H/5M, 4H/4M

La estancia en un loft bohemio al estilo de un artista. Algunos cuadros abstractos están apoyados contra las paredes. Adán llega con vasos que coloca en una mesa donde se dispone un bufé, como para una pequeña recepción. Eva llega a su vez, vestida de manera bastante formal.

Eva (hablando de su atuendo) – ¿Está bien así?

Adán – Sí, está bien.

Eva – Me preguntaba si no era un poco...

Adán – No, para nada. Es discreto... Es elegante pero a la vez... es versátil.

Eva – Es el vestido que me puse para la boda de mi hermano.

Adán – Para la incineración de mi abuelo, también debería funcionar. ¿Crees que las cacahuets serán suficientes?

Eva – De todos modos, no podemos permitirnos invitarles a cenar. Además, el horno está descompuesto.

Adán – Intentemos hoy evitar las palabras "descompuesto" y "horno"...

Eva – Sí, tienes razón. Por cierto, ¿dónde vamos a ponerlo?

Adán – ¿En esa pequeña mesa auxiliar, qué te parece? Solo tenemos que quitar la maceta de flores...

Eva – Sí, por qué no. (Eva retira la maceta de flores y la coloca en otro lugar.) Me crucé con el propietario en la escalera hace un rato.

Adán – Espero que no lo hayas invitado.

Eva – Le prometí que le pagaríamos el alquiler atrasado mañana por la mañana sin falta.

Adán – ¿Mañana?

Eva – Tenía que decirle algo para hacerlo esperar.

Adán – Sí, hiciste bien. Al menos tengamos paz hoy.

Eva – Sí... Porque empezó a hablar de desalojo... Incluso creo que mencionó una o dos veces la palabra "alguacil" en la conversación...

Adán – Mañana será otro día.

Eva – Tal vez finalmente logres vender un cuadro...

Adán – ¿Hoy? Es una cremación, no una exposición.

Eva – Me pregunto si no tienes razón acerca de las cacahuets...

Adán – Al mismo tiempo, es posible que nadie venga.

Eva – Con la restricción de tráfico, además...

Adán – Oh sí, cierto, olvidé eso... Con suerte, todos tendrán una matrícula que termine en un número par. Eso les dará una buena razón para quedarse en casa...

Eva – Podrían haber avisado, de todos modos...

Adán – Seguro que llamarán para expresar sus condolencias.

Eva – Hablo de la restricción de tráfico. Podrían habernos avisado con un poco de antelación, nos habríamos organizado.

Adán – Bueno, es que con una cremación... No teníamos muchas opciones en cuanto a las fechas...

Eva – De todas formas, es para proteger a los más vulnerables... Los niños, las personas mayores...

Adán – Quién sabe. Tal vez fue ese pico de contaminación lo que terminó con el abuelo...

Eva – ¿Qué edad tenía?

Adán – Ciento dos años.

Eva – Ah sí, cierto.....

Adán – A esa edad, uno es más sensible a la calidad del aire que respira, por supuesto.

Eva – Claro...

Adán – En cualquier caso, espero que el coche fúnebre tenga el número correcto...

Eva – ¿El número correcto?

Adán – ¡Un número impar!

Eva – Ah, sí...

Adán – Sin mencionar la incineración.

Eva – ¿Qué?

Adán – Tal vez también hayan establecido una restricción en las cremaciones, quién sabe... Para escalonar las emisiones de óxido de carbono en la atmósfera... Y hoy, solo se incineran los difuntos cuyo número de seguro social termina en un número par.

Eva – No deberías bromear con eso, después de todo, fue tu abuelo.

Adán – Tampoco voy a fingir que estoy llorando. Nunca tuve una relación muy cálida con él en vida.

Eva – Quién sabe. Tal vez tengas una relación más cálida con sus cenizas.

Adán – Bueno... No nos vamos a dejar vencer... Oye, vamos a tomar algo, eso nos animará antes de que lleguen nuestros invitados.

Eva – Si es que llegan...

Adán sirve dos copas de vino tinto y le da una a Eva.

Adán – Yo digo que después de los cien años, los funerales deberían ser opcionales. Hay demasiado riesgo de fracasar. La prueba está aquí.

Eva – Hay que hacer el duelo de todos modos.

Adán – También podemos hacer nuestro duelo por las personas mientras están vivas.

Eva – Sí, tienes razón, es menos triste, de hecho.

Adán – Reconoce que ciento dos años es una edad razonable para decidirse a morir...

Eva – Pobre de aquel que compró su casa en viudedad...

Adán – Oh, él ya no tiene problemas. Murió hace diez años. Su hijo también, de hecho. Era su nieto quien seguía pagando la renta.

Eva – ¡Qué salud...! Espero que al menos tu abuelo te haya dejado eso. ¡Salud!

Brindan.

Adán – ¡Por ti!

Beben un sorbo.

Eva – ¿Un poco joven, no?

Adán – Es Beaujolais nouveau. Bueno, lo era...

Eva – ¿Era?

Adán – Es Beaujolais nouveau que nos quedaba del año pasado. O del anterior, ya no recuerdo.

Eva – Ah, entiendo. Entonces es eso, ese ligero regusto a vinagre.

Adán – El Beaujolais nouveau no es un vino para envejecer.

Beben en silencio por un momento.

Eva – Ciento dos años... ¿Te das cuenta? Más de un siglo...

Adán – Increíble... Es cierto que siempre supo esquivar los problemas. Sobrevivió a dos guerras mundiales. Incluso logró recibir la Legión de Honor...

Eva – ¿Un héroe de guerra?

Adán – Más bien un resistente de última hora, en todo caso.

Eva – ¿Un colaboracionista?

Adán – Digamos más bien un hombre de compromiso. Era un gran admirador del Mariscal, pero siempre supo cambiar de bando en el momento adecuado. La esvástica en un lado, la cruz de Lorena en el otro...

Eva – ¿Qué hacía exactamente?

Adán – Negocios... Nunca supimos exactamente de qué tipo. Nunca me atreví a preguntarle a mi padre. Y como murió antes que él.

Eva – Si al menos te hubiera dejado una pequeña herencia. Habríamos podido pagar los alquileres y las facturas atrasadas...

Adán – Hasta los años 80, había administrado bien el dinero que ganó honestamente en el mercado negro durante la guerra. Desafortunadamente, justo antes de jubilarse, tuvo la mala idea de invertir toda su fortuna en acciones de Eurotúnel.

Eva – Para llegar a Londres más fácilmente en el Eurostar en la próxima guerra, tal vez...

Adán – Tuve que rechazar la herencia para no tener que pagar la deuda que dejó en su residencia de ancianos. ¿Sabes que estos lugares son más caros que el Club Med? No, te lo juro, para llegar a los cien años hoy en día, hay que tener recursos... (*Timbre.*) Deben ser ellos.

Eva – ¿Tú crees?

Adán – A menos que sea el repartidor de pizza. Pedí una Cuatro Estaciones y una Margherita hace más de una hora, no sé qué estarán haciendo. El repartidor debe de tener la matrícula equivocada en su scooter...

Eva – En cualquier caso, eso no te quita el apetito...

Adán – ¿Para qué dejarnos morir de hambre?

Eva – Voy a abrir... (*Sale para abrir la puerta y continúa hablando en voz baja.*) Sí, sí, aquí está, entren, por favor...

Adán – Entonces, ¿se había averiado el horno de pizza?

Entra Manuel, un empleado de la funeraria, seguido de Eva. Lleva un uniforme de trabajo y sostiene una urna funeraria en sus manos, con una expresión de circunstancias. El aspecto de la urna recuerda a un jarrón chino.

Manuel – Buenas tardes, señor.

Adán – ¡Oh, perdón, pensé que era... No, evidentemente, no es usted un repartidor de pizza... Y como no pedí comida china...

Manuel – Señor Delaroca, permítame, en nombre de la Funeraria, expresar nuestras más sinceras condolencias...

Adán – Gracias... Por favor, sepa que estoy muy agradecido.

Manuel – ¿Dónde debo colocar las cenizas del difunto?

Adán – Ah, sí... (*Vacilante*) Eh, no en el bufé, por favor...

Eva – Tampoco en el suelo, la gente podría pensar que es un paragüero...

Adán – Póngalo allí, por favor.

Manuel coloca la urna en la mesa con un gesto muy ceremonial antes de inclinarse ligeramente en homenaje al difunto.

Eva – Gracias...

Manuel – Estamos a su completa disposición para lo que necesite.

Adán – ¡No hable de desgracias! Espero que la próxima muerte en la familia no sea muy pronto.

Eva – ¿No nos va a ofrecer una tarjeta de fidelidad, verdad?

Manuel – Me refería a lo que están considerando hacer con las cenizas de su abuelo...

Eva – Claro.

Adán – Aún no hemos decidido, pero...

Manuel – Siempre es posible dispersarlas en un jardín conmemorativo, pero también podemos ofrecerles otras opciones.

Adán – Gracias. Lo pensaremos...

Manuel – Por supuesto, no hay prisa. Ya no la hay... (*Manuel saca un sobre de su bolsillo y se lo entrega.*) Aquí tiene el remanente de las tarjetas de pésame. Enviamos las demás a las direcciones que nos proporcionaron.

Adán – Gracias. No estoy seguro de poder reutilizarlas, pero nunca se sabe.

Eva – Si fueran tarjetas de boda, aún. A veces nos casamos varias veces con la misma persona.

Manuel – Desafortunadamente, uno solo muere una vez, tiene razón...

Manuel saca un documento de su chaqueta.

Manuel – Les pediré una pequeña firma...

Adán – Claro.

Adán saca un bolígrafo de su bolsillo y firma. Manuel toma el documento y el bolígrafo.

Manuel – Gracias. Y una vez más, nuestras más sinceras condolencias...

Eva – Le acompañaré... (*Sale con Manuel y continúa hablando fuera de escena.*) Gracias de nuevo... (*Regresa y ve que Adán mira la urna con perplejidad.*) Es un poco extraño tener esto en medio de la sala...

Adán – Sí.

Eva – Es original para una urna.

Adán – Sí, es muy original.

Eva – ¿Es japonés o chino?

Adán – No estoy seguro.

Eva – ¿Tu abuelo tenía una pasión particular por Asia?

Adán – No que yo sepa. Pero este modelo estaba en oferta. Probablemente una línea que no logró atraer a su público...

Eva – O quizás un cliente asiático que canceló en el último momento...

Permanecen un momento en silencio frente a la urna.

Adán – ¡Me robó mi bolígrafo!

Eva – ¿Tu abuelo?

Adán – ¡El empleado de la funeraria! El bolígrafo que tu madre me regaló en mi cumpleaños. ¿Te das cuenta?

Eva – Odiabas ese bolígrafo, decías que parecía un regalo de Primera Comunión.

Adán – Aun así... Un bolígrafo con una pluma chapada en oro. Como si todo esto ya no fuera lo suficientemente caro. Las Funerarias son un verdadera estafa.

Eva – Saben que no tenemos opción, así que, obviamente...

Adán – Es cierto. Deberíamos poder hacerlo nosotros mismos. En familia...

Eva – ¿Nosotros mismos?

Adán – ¿Cómo lo hacían los hombres prehistóricos?

Eva – No lo sé... ¿Invitaban a sus amigos y hacían una barbacoa?

Suena el timbre nuevamente, pero siguen mirando la urna.

Adán – Espero que todavía estén calientes... (*Eva le lanza una mirada perpleja.*) Estaba hablando de las pizzas. Esta vez debe ser el repartidor.

Eva – Bueno, ¡ve a abrir!

Adán sale.

Adán (*fuera de escena*) – Ah, sí, gracias... No, no hay problema. (*Vuelve*) Ves, estaba siendo injusto. Me devolvió mi bolígrafo... (*Siguen mirando la urna*) Empiezo a tener hambre...

Eva – Yo ya estoy bastante borracha, vaya... Este Beaujolais pega fuerte, ¿verdad?

Adán – Sí... Parece estar un poco chispeado.

Eva – Debería comer algo yo también. Si tus invitados llegan y me encuentran muerta de borrachera. Es cierto, es una cremación, no una fiesta de inauguración.

Adán – ¿Crees que hicimos bien en hacerlo incinerar?

Eva – ¿Por qué no?

Adán – No es muy católico.

Eva – Es más barato... (*Pausa*) ¿Por qué no muy católico?

Adán – La resurrección de los cuerpos y todo eso... Con cenizas, debe funcionar mucho menos, obviamente...

Eva – ¿Tu abuelo era muy religioso?

Adán – No lo sé... En cualquier caso, el único amigo que le conocía era un cura...

Eva – Vaya, vaya... ¿Deberíamos haber planeado una misa, entonces?

Adán – ¿Cuánto cuesta una misa?

Eva – ¿Crees que vendrá el cura?

Adán – No lo sé... Le envié una tarjeta de condolencia, pero tal vez ya esté muerto...

Eva coge una tarjeta de condolencia.

Eva (*leyendo*) – El funeral se llevará a cabo en la más estricta intimidad, pero podrán rendirle un último homenaje en nuestra casa alrededor de una copa de amistad...

Adán – ¿Una copa de amistad?

Eva – Tú fuiste quien escribió esa parte...

Adán – Es cierto, suena un poco como una invitación a una barbacoa.

Eva – Por ahora, nadie ha llegado de todos modos.

Adán – Llevaba veinte años en una casa de retiro. Todo el mundo había olvidado su existencia. Incluso yo.

Eva – Seguramente todavía tenía algunos conocidos...

Adán – ¡Ciento dos años! Las personas que lo conocían probablemente murieron antes que él.

Eva – ¿No tenía otros parientes aparte de ti?

Adán – No, por eso tuve que ocuparme de sus exequias.

Eva – ¿Su esposa aún está viva? Tu abuela, ¿no podía hacerse cargo? Dijiste que era más joven que él.

Adán – Ser más joven que un centenario no es muy difícil... Está en una casa de retiro cerca de Niza. Le envié una tarjeta de condolencia, pero no tengo noticias de ella. Creo que está empezando a perder un poco la cabeza...

Eva – ¿Quién sabe? Tal vez ni siquiera recordaba que aún tenía un esposo.

Adán – Es posible...

Eva – De lo contrario, ¿por qué habría elegido una casa de retiro a mil kilómetros de la de tu abuelo?

Adán – A cierta edad, uno tiene derecho a preferir la Costa Azul a su esposo...

Eva – Bueno, entonces, ¿qué hacemos?

Adán – Creo que vamos a devorar las cacahuets los dos... ¿Te sirvo una copa de Beaujolais nuevo del año pasado?

Eva – Vamos, debemos terminarlo. Creo que no sería sensato guardarlo por otro año más...

Adán – Nos vamos a embriagar para olvidar que un día también terminaremos en un jarrón chino...

Brindan.

Eva – Al mismo tiempo, no vamos a mantener esto aquí eternamente, ¿verdad?

Adán – El jarrón tal vez... Pero lo que hay dentro...

Eva – ¿Qué haremos con las cenizas?

Adán – El Jardín del Recuerdo... ¿No te parece un poco una estafa?

Eva – En mi opinión, debe haber un costo adicional...

Adán – Podríamos esparcirlas desde un puente en el Sena. Es gratis y podría ser impresionante... Si el viento no sopla en la dirección equivocada...

Eva – ¿Eso está permitido?

Adán – Sería su último acto de resistencia... Post mortem...

El teléfono suena. Eva contesta.

Eva – Sí, ¿hola? Oh sí, gracias... Es amable de su parte... Sí, lo sé, pero todo sucedió tan rápido... No, no hay problema, se lo aseguro... Es solo una pequeña reunión para... No haremos mucho ruido, se lo prometo...

Suena el timbre.

Adán – Voy...

Adán sale.

Eva – Bueno, a su edad, no creo que uno muera de algo en particular... Pero ¿quiere que le pase...? Muy bien... Entonces gracias por llamar...

Eva cuelga el teléfono en su lugar. Adán regresa con dos cajas de pizza.

Adán – Esta vez, sí eran las pizzas. Y al teléfono, ¿quién era?

Eva – Era el propietario... sobre la muerte de tu abuelo. Es extraño, parecía muy conmovido...

Adán – Tal vez cree que con la herencia, podremos pagar los alquileres atrasados... Entiendo que le saque una lágrima... Pero ¿cómo se enteró?

Eva – Lo agregué a la lista para los anuncios fúnebres... Pensé que podría calmarlo un poco durante unos días... Parece estar funcionando, no me volvió a mencionar el alquiler...

Adán – ¿Y sobre la muerte de mi abuelo, te habló cuando lo encontraste más temprano?

Eva – No, seguramente acaba de recibir la tarjeta.

Suena el timbre nuevamente.

Adán – Creo que nunca podremos comer estas pizzas. Las dejaré en la cocina.

Eva – Voy a abrir...

Adán – Más tarde las recalentaremos en el horno... ¡Mierda, es verdad, el puto horno está jodido!

Adán sale y Eva va a abrir la puerta.

Eva – Ah, Madame Machin... ¿Cómo está? Yo estoy bien, gracias. Pero entre por favor... Bueno, está bien... Es muy amable, gracias, pero no era necesario... Ah, no, no, espere...

Eva vuelve con un crisantemo. Adán regresa.

Adán – ¿Quién era?

Eva – La vecina, pero no quiso entrar. Creo que también está empezando a perder un poco la cabeza... Ella pensó que eras el que había muerto... Según ella, el dueño fue quien se lo dijo...

Adán – Ah, sí, es cierto. Debería haber ido a abrir la puerta para ver su reacción.

Eva mira la tarjeta de condolencia.

Eva – Oye, Adán, de repente tengo una horrible duda...

Adán – ¿Eh?

Eva – ¿Viste esto?

Adán – ¿Qué?

Ella le entrega la tarjeta de condolencia.

Eva – Mira...

Él echa un vistazo a la tarjeta.

Adán – ¿Y qué?

Eva – ¿Nada te llama la atención?

Adán (*leyendo*) – ...lamentan anunciar el fallecimiento del Señor... Mierda.

Eva – ¡Señor. Adán Delaroca!

Adán – No puede ser...

Eva – ¿Invertirían tu nombre y el de tu abuelo?

Adán – De hecho, llevo el mismo nombre que mi abuelo... Por eso agregué "a la edad de 102 años", lo cual se suponía que aclararía cualquier ambigüedad.

Eva – Hablas de una ambigüedad...

Adán – Pero en lugar de 102 años, pusieron 32 años. ¡A la edad de 32 años!

Eva – Ah sí, eso es mucho más ambiguo...

El teléfono suena nuevamente.

Adán – Creo que, por ahora, es mejor que respondas tú...

Eva contesta el teléfono.

Eva – Hola... Sí... No, es decir... Sí, gracias... No, no es un problema... Sí, sí, te estamos esperando... (*Cuelga*) No sé si fue ambiguo, pero al parecer todos prefirieron entender que eras tú el difunto...

Adán – ¿Pero por qué no le dijiste al teléfono?

Eva – Era tu abuela. ¿Cómo querías que le anunciara así, por teléfono, que su esposo ha muerto?

Adán – ¿Prefieres dejarla creer que su nieto ya no está vivo?

Eva – Aparentemente, ya se hizo a esa idea..

Adán – Tendremos que informarle de alguna manera.

Eva – Me dijo que vendría. Tú te encargarás.

Intercambian una mirada aterrada.

Adán – Creo que realmente estamos en problemas...

Eva – Bueno, ¿qué hacemos entonces?

Adán – No lo sé. Después de todo, tú eres la viuda...

Eva – Podríamos comenzar llamando al tipo de la funeraria para pedirle explicaciones.

Adán – ¡Todos piensan que soy el difunto! Debemos dar explicaciones a nuestros invitados, ¿no?

Eva – Tienes razón. ¡Dios mío! Afortunadamente, nadie ha llegado todavía...

Adán – ¿Te imaginas? Los invitamos a una recepción de cremación, y el difunto sirve las tapas.

Eva – Bueno, seguro encontraremos una solución. En el peor de los casos, lo cancelamos y enviamos una corrección para las tarjetas de condolencia.

Adán – De acuerdo, llamaré al director de funeraria.

Eva – Es cierto. Después de todo, él tiene alguna responsabilidad en esto, ¿verdad?

Adán – Bueno, podríamos empezar por negarnos a pagarle la factura, al menos eso sería un ahorro.

Eva – De todos modos, no teníamos cómo pagarla... (*Adán sale, suena el timbre de la puerta, ella va a abrir y continúa hablando en voz baja.*) Ah, Señora Delaroca... Eh... Sí, sí, pase, por favor... Pero debo advertirle que...

Eva regresa con Yolanda, la abuela de Adán, que lleva una maleta.

Yolanda – Llámame Yolanda, por favor. Mi pobre niña. ¿Entonces tú eres la viuda de Adán, verdad?

Eva – Sí. Usted vino a nuestra boda, ¿recuerda?

Yolanda – No...

Eva – Quiero decir, sí, soy la esposa de Adán. Pero no la viuda...

Yolanda – Lo siento mucho por ese pobre Alban. Es cierto que siempre ha tenido una salud frágil. Es el único niño que conozco que ha logrado contraer paperas dos veces seguidas.

Eva – Ah, sí...

Yolanda – Creo que no hay enfermedad que no haya contraído. De hecho, cuando era niño, solíamos llamarlo "Caldo de Cultura". Y créeme, no era por sus calificaciones escolares...

Eva – ¿No?

Eva presta a Yolanda una atención distraída, ya que Adán asoma la cabeza por la puerta. Ella le hace una señal para que no se muestre.

Yolanda – Y con la vida que llevó cuando todavía estaba soltero... e incluso después. Es sorprendente que no haya muerto antes de una enfermedad vergonzosa. ¿Me entiendes?

Eva escucha repentinamente a Yolanda con más atención.

Eva – Eh... no, no realmente...

Yolanda – Vine tan pronto como me enteré, por supuesto. Salté al tren en marcha y aquí estoy. ¿No llego demasiado tarde, verdad? Quiero decir, para el entierro de tu esposo...

Eva – No, no... No se preocupe...

Yolanda – Entiendo que estés devastada. Yo también adoraba a mi nieto. No debería decirte esto, pero él era mi favorito.

Eva – ¿Tenía otros?

Yolanda – No que yo recuerde.

Eva – Sin embargo, tengo que decirle una cosa, señora Delaroca...

Yolanda – Yolanda. Llámame Yolanda, por favor. ¿Mi esposo no está aquí?

Eva – Eh... Sí, en realidad... Bueno... No exactamente...

Yolanda – Debes disculparlo, ya sabes. A su edad, no estoy segura de si estará en condiciones de moverse.

Eva – Claro...

Yolanda – Por mucho que mi esposo tenga cien años, y aunque ya no nos veamos mucho, a mí también me conmocionaría si me enterara de que murió así, de repente.

Eva – Entiendo... Mis condolencias... Quiero decir, por la muerte de Adán... O sea, de...

Yolanda – De todos modos, pasaré a saludarle en su casa de retiro. No estoy segura de si aún me reconoce, pero bueno. Comienza a perder un poco la memoria, ¿sabes? Por cierto, ¿de qué murió?

Eva – ¿Quién?

Yolanda – Creo que con todo esto, mi pobre niña, parece que estás empezando a perder la cabeza. ¡Adán, por supuesto! Mi nieto. Tu esposo. ¿Qué le pasó?

Eva – ¡Ah, sí! Bueno...

Yolanda – Disculpa, no quería ser indiscreta... Aún es muy reciente... ¿Me hablarás de eso más tarde, si prefieres? No se ahorcó, ¿verdad?

Eva – No, todavía no...

Yolanda – Tienes que saber que en la familia nos ahorcamos mucho...

Eva – ¿En serio?

Yolanda – Sobre todo los hombres... No sé por qué, el ahorcamiento no es algo muy femenino... (*Adán hace otra aparición, Eva le hace señas para que se acerque, pero él se queda escondido prudentemente mientras Yolanda ve la urna.*) ¿Así que lo hicieron incinerar?

Eva – Sí, eso era... Era lo que él quería, creo. Espero que no le moleste...

Yolanda – Al menos así, tienes la seguridad de que sus gérmenes no sobrevivirán...

Eva – Sí...

Yolanda – ¿Es chino o japonés?

Eva – Bueno, no sabemos, en realidad... Pero en cualquier caso, es asiático...

Yolanda – Ah, sí...

Eva – ¿Quiere tomar algo? Hay jugo de naranja... o Beaujolais nuevo.

Yolanda – No quisiera molestarte. Aún no ha llegado nadie... Supongo que llegué un poco temprano, perdona.

Eva – Eh, no, no, llegó justo a tiempo... Es solo que... En realidad, estábamos pensando en cancelar... Bueno, quiero decir...

Yolanda – No se preocupe. A mí tampoco me gustan mucho las ceremonias. Pero bueno. Es necesario marcar la ocasión, ¿verdad? Después de todo, era tu esposo... Escucha, voy a pasar a ver al Padre Francisco en su presbiterio y volveré más tarde, ¿de acuerdo?

Eva – La acompañaré...

Yolanda – Es un viejo amigo de la familia que conocí hace mucho tiempo. Ah, se me olvidaba... Pedí al Padre Francisco que viniera a bendecir las cenizas de mi nieto...

Eva – ¿El Padre Francisco?

Yolanda – Era un gran amigo de mi esposo. Fue él quien nos casó en Vichy durante la guerra. E incluso, el mismo Mariscal fue nuestro testigo.

Eva – Ah, sí.

Yolanda se voltea hacia la urna y se persigna.

Yolanda – Créeme, con uniforme, era un hombre que tenía presencia... Espero que no te importe que el Padre Francisco ofrezca una misa por el descanso de su alma...

Eva – ¿El alma del Mariscal?

Yolanda – ¡El alma de mi nieto!

Eva – ¡Ah, claro! Si eso puede ayudar...

Yolanda – En cualquier caso, me dará la oportunidad de ver a este santo hombre. A nuestra edad, sabes... Desafortunadamente, solo vemos a nuestros amigos en los funerales...

Eva – Claro...

Yolanda – En realidad, casi llegamos a esperar que alguien muera para tener la oportunidad de volver a ver a quienes quedan.

Eva – Sí... (*Yolanda se va con Eva, quien sigue hablando en voz baja.*) Entonces... ¡Nos vemos luego, Yolanda!

Adán regresa. Eva también vuelve.

Adán – ¿Pero por qué no le dijiste que no estaba muerto?

Eva – ¡No me dejó hablar! Y tampoco sabía cómo decirle que era su esposo quien había fallecido.

Adán – ¡Joder!

Eva – ¿Y tú? ¿Por qué no saliste de tu escondite?

Adán – ¡Tenía miedo de que le diera un ataque al corazón al verme!

Eva – Sin embargo, debemos encontrar una manera de poner fin a esta absurda situación...

Adán – Bueno, no todo es malo al estar muerto... ¿Escuchaste lo que dijo? Que yo era su nieto favorito.

Eva – ¡Ella no tiene otros!

Adán – Puede ser, pero aún así... Me alegra saber que mi abuela me aprecia.

Eva – También dijo que eras un verdadero depravado... contagiado con todo tipo de enfermedades de transmisión sexual.

Adán – Sabes, ella está empezando a perder un poco la cabeza. De todos modos, eso fue antes de conocerte.

Eva – No es exactamente lo que dijo...

Alguien llama a la puerta.

Adán – Probablemente más condolencias...

Eva – Tienes razón... Mejor que te quedes escondido mientras preparo el terreno para tu resurrección.

Adán – Me siento como un zombi que su esposa tiene que esconder en el armario cuando hay invitados.

Adán sale. Eva va a abrir la puerta.

Eva (*en voz baja*) – Ah, justo le estábamos esperando. Tenemos algunas preguntas para usted... (*Regresa con Manuel.*) Drácula, puedes salir de tu ataúd, es el sepulturero!

Adán regresa.

Manuel – Buen día, Señor Delaroca, y una vez más, en nombre de la Funeraria, nuestras más sinceras condolencias. Todavía estaba en el vecindario atendiendo a otro cliente, así que pensé que sería más sencillo volver aquí en vez de llamar.

Adán – Entonces, ¿recibió mi mensaje?

Manuel – Sí, pero la verdad, no entendí muy bien cuál es su problema. ¿En qué puedo ayudarle, Señor Delaroca?

Adán le muestra el anuncio fúnebre.

Adán – ¿En qué puede ayudarme? ¡Mire!

Manuel (*examinando el anuncio*) – No veo muy bien...

Adán – ¡Soy yo, Adán Delaroca!

Manuel – ¿Adán Delaroca, es usted?

Adán – Según su anuncio, el difunto soy yo.

Manuel – Lo veo... (*Vuelve a mirar el anuncio*) Y usted dice que no está muerto.

Adán está al borde del colapso.

Adán (*a Eva*) – Tienes que hacerlo tú, o habrá un segundo cadáver...

Eva – Finalmente, usted puede ver que mi esposo no está muerto.

Manuel se gira hacia la urna.

Manuel – Pero entonces, ¿quién está en esta urna?

Eva – Es Adán Delaroca, su abuelo.

Manuel – Ah, ahora entiendo... Un pequeño problema de homonimia.

Adán – ¿Un pequeño problema? ¡Todos creen que estoy muerto!

Manuel – Sí, es lamentable. Deberían haber especificado en el anuncio fúnebre que se trataba de su abuelo...

Adán – ¡Pero eso es lo que hicimos! Agregué "a la edad de 102 años"...

Eva – ¡Mira! En lugar de eso, escribieron "a la edad de 32 años"...

Manuel – Debe de ser un pequeño error tipográfico. Acabamos de contratar a una nueva secretaria.

Adán – ¿Un pequeño error tipográfico? Yo lo llamaría una gran falta profesional, ¡sí!

Eva – Entonces, ¿usted qué propone?

Manuel – La verdad... Usted me toma por sorpresa...

Adán – ¡Y nosotros qué, cree que no estamos sorprendidos! ¡Estamos esperando a un montón de personas para esta conmovedora ceremonia de despedida! Solo que hay un pequeño error en la identidad del difunto...

Eva – Esperaríamos al menos un pequeño gesto comercial...

Manuel saca su teléfono inteligente.

Manuel – Un momento... Tengo aquí el correo electrónico que me enviaron para el anuncio fúnebre... Mire... (*Adán mira*) ¿Lo ve? Está escrito "a la edad de 32 años"...

Adán (*a Eva*) – ¿Tú te encargaste de eso, verdad?

Eva – Ahora resulta que es mi culpa, ¿no? ¿Y por qué no te ocupaste de ello tú mismo? ¿Acaso te pido que incineres a mi madre?

Adán – ¡Tu madre todavía está viva! Desafortunadamente...

Eva – Lo voy a matar...

Manuel se retira cautelosamente.

Manuel – Les dejaré resolver esta pequeña disputa familiar... No se preocupen, conozco el camino.

Manuel se va.

Adán – Declarar la muerte de su propio esposo... Vaya acto fallido...

Eva – ¡Ya basta! Todo el mundo puede equivocarse, ¿no?

Adán – Aun así, entre 102 y 32...

Eva – Oh, ya basta... ¡Deberías haberlo hecho tú mismo! Después de todo, es tu abuelo, no el mío.

Adán – Tenía otras cosas que hacer, en realidad.

Eva – ¡Claro! ¡El señor trabaja... el señor es un artista! Yo solo soy buena para redactar los anuncios fúnebres.

Adán – Bueno, no, precisamente. Ni siquiera eso. La prueba... *(Al ver la mirada asesina que le lanza Eva, Adán lamenta de inmediato su comentario.)* Perdón, yo...

Eva, furiosa, busca algo que arrojarle. Finalmente, agarra la urna china y la sostiene como si fuera a romperla arrojándola al suelo.

Eva – ¡Mira lo que hago con tu abuelo colaboracionista!

Adán – ¡No, por favor, no eso! ¡No a mi abuelo!

Eva – ¡El mío era un resistente de verdad!

Adán – Me dijiste que se unió a la resistencia cuando los tanques del General Leclerc ya estaban a unos pocos kilómetros de París...

Eva – ¿Te atreves a insultar la memoria de mi abuelo ahora?

Adán – Simplemente digo que tu abuelo tampoco era realmente un resistente de la primera hora...

Eva – No sé qué me detiene de...

El timbre de la puerta de entrada detiene el gesto de Eva. Adán aprovecha para tomar la urna de las manos de Eva.

Adán – ¿Puedo recuperar a mi abuelo?

Adán vuelve a colocar la urna en la mesa.

Eva – Perdóname, no sé qué me pasó.

Adán – Estamos un poco nerviosos, es normal. *(La campana de la puerta suena nuevamente)* Sería mejor que fueras a abrir.

Eva – Voy... *(Adán sale mientras Eva va a abrir la puerta y continúa hablando en off)* Ah, hola mamá...

Victoria (*off*) – Mi pobre cariño. Me imagino en el estado en el que debes estar... (*Eva vuelve con Victoria, su madre*) Vine tan pronto como supe, por supuesto.

Eva – Gracias, pero no hacía falta. De hecho...

Victoria – Lo siento, no tuve tiempo de comprar flores...

Eva – Oh, sabes, no es necesario. En realidad, apenas lo conocía...

Victoria – Me alegra que lo tomes así. Pero aún así, enterarse por medio de un anuncio de que su yerno ha fallecido... ¡Podrías haberme llamado!

Eva – Ah, pero tengo que decirte...

Victoria – Es triste, pero siempre te he dicho que no era el hombre adecuado para ti.

Eva – ¿Por qué dices eso?

Victoria – Los artistas... Todo eso está muy bien, pero si no hubieras estado allí para llenar la nevera con tu sueldo de esteticista...

Eva – No todo en la vida es dinero.

Victoria – Tal vez, pero eso ayuda a pagar el alquiler. Ahora que ya no está, si quieres que te adelante un poco de tu herencia...

Eva – ¿Mi herencia?

Victoria – Pues sí... Porque él, me imagino que no te dejará gran cosa. Aparte de deudas y hongos, o peor. (*Señalando las pinturas*) Ni siquiera menciono todas esas atrocidades. Nunca logró vender una sola en vida.

Eva – ¡Me dijiste que ya estabas en números rojos! ¡Que no podías prestarnos ni un céntimo!

Victoria – Sí, pero eso fue antes...

Eva – Ya veo... Así que si te pidiera un cheque en este momento...

Victoria – Soy tu madre, después de todo. Ahora que estás viuda...

Eva – Viuda... Todavía me cuesta un poco con esa palabra.

Victoria – Ya sabes lo que dicen: muerto el perro, se acabó la rabia.

Eva – ¿Estás segura de que eso es lo que dicen?

Victoria – Bueno, ahora podrás volver a casarte...

Eva – ¿Volver a casarme? ¡Pero eso es monstruoso, lo que estás diciendo!

Victoria – Perdóname. Todavía es un poco temprano, es cierto... Pero a tu edad, no debes perder mucho tiempo, ¿sabes?

Eva – Gracias... Realmente me animas mucho...

Victoria nota la urna.

Victoria – ¿Qué es esto? ¿Una de sus últimas obras?

Eva – Se podría decir eso, sí... (*Timbran*) ¿Qué es ahora?

Victoria – ¿Invitaste a gente, verdad? Es normal que vengan a rendir el último homenaje a tu marido. Cuanto antes lo hagan, antes podrás seguir adelante...

Eva se va.

Eva (*en off*) – Ah, Gabriel... Lo siento, mi marido no está aquí...

Gabriel (*en off*) – Por supuesto, estoy al tanto. Recibí tu anuncio. Pero deberías haberme llamado...

Eva regresa con Gabriel.

Eva – Sí, bueno... La verdad... Se trata de un pequeño malentendido...

Victoria – Buenas tardes, señor...

Eva – Gabriel, te presento a mi madre. Mamá, este es Gabriel, el galerista de Adán...

Victoria – Encantada...

Gabriel – Buen día, señora. Y mis condolencias. Su yerno tenía un talento inmenso. Lamentablemente, nos dejó antes de poder alcanzar el reconocimiento del público, como suele suceder con los genios vanguardistas...

Victoria – Entonces, ¿realmente cree que todas estas chapuzas pueden venderse por un buen precio?

Gabriel – Ya sabe, es triste decirlo, pero un pintor muerto siempre vende mucho mejor...

Victoria – ¿Ah sí? ¿Y por qué es eso?

Gabriel – Entre otras cosas, lamentablemente, con un pintor muerto estamos seguros de que nunca pintará más cuadros.

Victoria – En el caso de mi yerno, me pregunto si eso no es mejor así... (*Ríe ruidosamente mientras los otros dos la miran consternados*) Estaba bromeando...

Eva – ¿Te sirvo un poco de jugo de naranja?

Victoria – Sí, por favor.

Eva – Lo estaba preguntando a Gabriel...

Gabriel – Gracias, no quiero molestar. Les dejaré para que compartan su duelo en familia.

Victoria – Pero no nos molestas en absoluto, ¿verdad, Eva? Entonces, ¿eres comerciante de cuadros?

Gabriel – Tengo una galería de arte, en efecto.

Victoria – No, porque compré un cuadro hace mucho tiempo en un mercadillo y me preguntaba cuánto podría valer exactamente... A veces hacemos buenos negocios sin saberlo. Hablaron de una historia así en la televisión hace unos días, ¿recuerda?

Eva – Mamá, ¿podrías dejarnos un momento?

Victoria – No estaré lejos. Iré a comprar un pequeño ramo de flores para marcar la ocasión. (*Viendo que su hija la fulmina con la mirada*) Si me necesitas, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

Eva acompaña a su madre hasta la puerta. Gabriel aprovecha para echar un vistazo a las pinturas apoyadas en las paredes. Eva regresa.

Eva – Perdón...

Gabriel – No había visto sus últimas pinturas, son realmente notables. (*Al ver la urna*) Y, por lo que veo, también se había aventurado en la cerámica. ¿Es chino o japonés?

Eva – Es una urna funeraria.

Gabriel – Ah, ya veo... Lo entiendo... Entonces, somos realmente insignificantes, ¿verdad?

Eva – Toma cacahuetes...

Gabriel – Escucha, no quiero apresurarte, pero pensé que podríamos organizar una retrospectiva de su obra.

Eva – Ayer mismo, le negabas una simple exposición... Decías que aún no estaba listo...

Gabriel – Ahora creo que está listo...

Eva – ¿Porque está muerto?

Gabriel – Podríamos aprovechar la emoción momentánea causada por su desaparición para permitir al público redescubrir su obra. O más bien, descubrirla por primera vez, en cualquier caso...

Adán está a punto de salir de su escondite, pero al escuchar la última frase, se echa atrás.

Eva – Bueno, lo hablaré con... Quiero decir... Sí, lo pensaré...

Gabriel – De acuerdo... Pero no deberías tardar demasiado. Llámame...

Eva – No dejaré de hacerlo...

Gabriel saca un cheque de su bolsillo y se lo entrega.

Gabriel – Toma, es un adelanto en caso de que digas que sí... Solo tienes que devolverme el cheque si cambias de opinión...

Eva – Gracias...

Gabriel – No te preocupes, conozco el camino...

Gabriel se va. Adán regresa.

Adán – Sabía que a tu madre le caía bien, pero no tanto...

Eva – Lo bueno de tu muerte es que ahora está dispuesta a darme un cheque para saldar nuestras deudas.

Adán – ¡Y Gabriel ya te ha dado uno!

Eva – Es increíble. Ahora que estás muerto, todos quieren darme dinero.

Adán – ¿Puedo verlo? (*Toma el cheque*) ¿No...?

Eva – Y dijo que era solo un adelanto...

Adán – ¿Y si esperamos un poco para desmentirlo...?

Eva – ¿Estás bromeando?

Adán – ¡Mi galerista está dispuesto a organizar una retrospectiva de toda mi obra!

Eva – Sí, pero... A título póstumo, te recuerdo.

Adán – Gabriel tiene razón, un pintor muerto se vende mucho mejor que uno vivo. ¡Mi muerte es una oportunidad inesperada para darle un giro a la vida!

Eva – Espera, ¿puedes repetir eso? Creo que hay algo raro en esa oración...

Adán – ¡Esta exposición podría ser el inicio de mi carrera!

Eva – ¿Tu carrera? ¡Serás un pintor muerto!

Adán – Siempre es mejor que ser un pintor desconocido...

Eva – ¿Y después de la exposición, qué piensas hacer? ¿Desaparecer? ¿Suicidarte? ¿Resucitar?

Adán – No lo sé... Improvisaremos...

Eva – Está bien... (*Señalando la urna*) ¿Y qué haremos con él?

Adán – Ah sí, cierto, lo había olvidado...

Eva – Sí, porque tu abuelo realmente está muerto.

Adán – Al mismo tiempo, ¿a quién le importa mi abuelo, no?

Eva – Aparte de su esposa, quizás...

Adán – Bueno, tendremos que lidiar con la abuela... Pero tampoco tiene tanta prisa por ser viuda. Si se entera de la muerte de su esposo ahora o en unos días...

Eva – ¿Unos días? ¿Crees que será suficiente para organizar la retrospectiva de toda tu obra?

Adán – Digamos un mes.

Eva – Perfecto. ¿Y qué harás durante un mes? ¿Seguirás escondido en el baño?

Adán – Recuerda que, en cierto modo, esto es un poco culpa tuya.

Eva toca su teléfono móvil.

Eva – Mira. Encontré el correo que envié a la funeraria...

Adán – ¿Y...?

Eva – Vale, me equivoqué en la edad. Pero de todas formas especificué que era tu abuelo...

Adán mira la pantalla del teléfono que le muestra.

Adán – Ah, sí... "Adán, su abuelo, a la edad de 32 años".

Eva – Admite que eso debería haberles dado una pista... Abuelo a los 32 años.

Adán – En lugar de eso, eliminaron "su abuelo" y dejaron "a la edad de 32 años"... ¡Vaya panda de tontos!

Eva le lanza una mirada sospechosa.

Eva – Quitame una duda... No lo hiciste a propósito, ¿verdad?

Adán – ¡Pero vamos! ¿Te has vuelto loca o qué?

Alguien llama a la puerta.

Eva – No esperábamos a nadie por la muerte de tu abuelo, pero parece que el anuncio de tu desaparición genera más emoción...

Adán – Esto es un buen augurio para mi exposición póstuma, ¿verdad? Me retiro al baño.

Eva – ¿Y si alguien quiere lavarse las manos?

Adán – Tienes razón... Me esconderé en el armario.

Adán abre la puerta de un armario y entra en él.

Eva – Esperemos que nadie tenga la idea de colgar su abrigo aquí... (*Eva va a abrir la puerta y continúa hablando en voz baja.*) Ah, Señor Pujol...

Juan – Llámame Juan, por favor. ¿Puedo entrar por un momento?

Eva – ¡Por supuesto! Después de todo, está en su casa...

Eva regresa con Juan, quien lleva un ramo de flores.

Juan – No la molestaré mucho, solo quería decirle que...

Eva – Sí, lo sé... Lamento mucho la pequeña demora en el pago...

Juan – No hablemos de eso, por favor. Hay cosas más importantes en la vida, ¿verdad?

Eva – Eh... Sí, claro...

Juan le entrega el ramo de flores.

Juan – Tome, es para usted.

Eva sonríe ampliamente, pensando que es realmente para ella.

Eva – Gracias, es muy galante de su parte... Hace mucho tiempo que un hombre no me ha regalado flores...

Juan – Bueno, cuando digo para usted, en realidad es más para...

Eva – Claro, ¿en qué estaba pensando? Pero en realidad no era necesario. Voy a ponerlas aquí mientras tanto...

Ella pone el ramo en la urna.

Juan – En cuanto al alquiler, no se preocupe en absoluto. Me pagará cuando pueda. En su situación...

Eva – Mi situación...

Juan – Yo también perdí a mi pareja hace unos años. Créame, sé lo que es...

Eva – Lamento mucho saberlo... ¿Y cómo sucedió?

Juan – Rara vez hablo de eso, pero usted al menos puede entenderme... Mi pareja estaba en ese avión que se estrelló sobre el Lago de Ginebra, y del cual nunca encontraron los restos...

Eva – Oh Dios mío, es terrible... No debe ser fácil hacer el duelo, especialmente cuando ni siquiera encuentran las cajas negras... Y, sin embargo, el Lago de Ginebra no es tan grande.

Juan – Se cree que el avión se hundió en la parte suiza del lago.

Eva – Sabe cómo son los suizos... Les gusta mantener secretos... Así que si hubiera algunos evasores fiscales en ese avión, no encontraremos los cuerpos pronto... ¿Y cómo se llamaba su esposa?

Juan – Roberto.

Eva – Ya veo...

Juan – Pero, respecto a su esposo, ¿qué pasó? Lo vi en la escalera hace apenas una semana. Parecía estar en plena forma...

Eva – Sí... Nos tomó a todos por sorpresa...

Juan – No tiene ganas de hablar de ello ahora, lo entiendo muy bien. Pero quiero que sepa que tenía mucho respeto por su esposo.

Eva – ¿Le sirvo algo para animarse?

Juan – Lamentablemente, como suele suceder, estoy seguro de que es después de su muerte que su talento será reconocido en su verdadero valor.

Eva – Sí, eso es lo que me decía su galerista precisamente.

Juan – ¿Su galerista?

Eva – Acaba de salir de aquí. Quiere organizar una gran exposición para...

Juan – Es una idea genial. Estoy seguro de que las pinturas de tu esposo se van a vender como pan caliente ahora. Y su cotización va dispararse.

Eva – Sí, seguramente... Mi esposo también le apreciaba mucho. Estoy segura de que le habría gustado... Pero estoy pensando en una cosa, no sé si debería decírselo...

Juan – Soy su amigo, ¿verdad?

Eva – ¿Cuánto es exactamente lo que le debemos?

Juan – Por favor, ya le dije que... 6.263 euros.

Eva – Mire, ¿qué le parece si, en lugar de esa suma, acepta una pintura de mi difunto esposo como pago?

Juan – Eh... ¿Por qué no... Después de todo... Ahora que es viuda, además... Probablemente nunca vuelva a ver ese dinero...

Eva – No se arrepentirá, créame. ¿Cuál quiere?

Juan mira las pinturas y toma una al azar.

Juan – ¿Qué tal esta?

Eva – Veo que tiene muy buen ojo...

Juan – Para mí, esta pintura tendrá un valor sentimental.

Eva – Y estoy segura de que, además, no hace una mala inversión.

Juan – Eso espero... 6.263 euros, de todos modos, es una suma... Bueno, me voy. Pero si necesita algo... Sabe dónde encontrarme.

Eva – Aprecio mucho... Gracias, de verdad, gracias... Lo acompaño...

Eva acompaña a Juan mientras se lleva su cuadro. Eva regresa. Adán también.

Adán – ¡Vaya! ¡6000 euros! ¡Mi primer cliente! ¡Esto es increíble!

Eva – Tienes razón, es genial ser la viuda de Van Gogh. Nunca ha sido tan amable conmigo. Es increíble, creo que si le hubiera pedido dinero además de lo que ya le debemos, me lo habría prestado sin intereses.

Adán – Tal vez deberías habérselo pedido... Porque, vamos a enfrentarlo, no voy a estar muerto para siempre.

Eva – Eso es cierto...

Alguien llama a la puerta.

Adán – Los negocios están en marcha... Regreso a mi tumba...

Adán vuelve al armario. Eva sale.

Eva – ¡Ah, Antonio!

Eva vuelve con Antonio, quien lleva una corona con la inscripción "A mi mejor amigo".

Antonio – Querida, tan pronto como recibí tu anuncio, vine. ¡Pero deberías haberme llamado!

Eva – Yo... No quería molestarte.

Antonio – Siempre he estado ahí para ti, lo sabes. Y ahora más que nunca...

Eva – Todo esto todavía es tan...

Antonio – Lo entiendo... Me caía muy bien Adán. Sin presumir, creo que yo era su mejor amigo... Por cierto, traje esto...

Antonio le entrega la corona a Eva, quien la recoge un poco avergonzada.

Eva – Gracias, es amable de tu parte... ¿Quieres tomar algo? Tengo Beaujolais nouveau.

Antonio – Ah sí, ¿por qué no? (*Eva le sirve una copa, que él bebe en silencio con una pequeña mueca.*) También su muerte me afecta mucho, ya sabes. Te lo juro, tengo el estómago revuelto...

Eva – Tal vez sea el Beaujolais...

Antonio – Pero debes superar esta prueba. (*La abraza y la aprieta contra él.*) ¡La vida continúa, Eva!

Eva – Sí, por supuesto. (*Adán, furioso, asoma la cabeza desde su escondite, pero le hace una señal para que no se muestre.*) Espera, tengo problemas para respirar aquí...

Antonio libera su abrazo.

Antonio – Perdón, discúlpame... (*Mira a su alrededor.*) ¿Son estas sus últimas pinturas?

Eva – Sí...

Antonio – Qué talento. Creo que habría sorprendido a todos si hubiera vivido.

Eva – Todavía podría sorprenderte, créeme...

Antonio – Pero bueno... Hay que seguir adelante.

Eva – Aún no es tiempo para eso, ¿no crees?

Antonio – Esperaré, Eva. El tiempo que sea necesario...

Eva – Perdón...

Antonio – Sabes muy bien a lo que me refiero, pero no quiero apresurarte... Entre nosotros, no debería decírtelo porque era mi amigo, pero creo que Adán no te merecía.

Eva – No sé cómo tomarlo, la verdad...

Antonio – Como un cumplido, te lo aseguro. Si te dijera todo lo que sé sobre Adán...

Eva – Ah, ¿sí?

Antonio – Pero prefiero que mantengas una buena imagen de tu esposo... mientras sus cenizas todavía están tibias. De todos modos, si necesitas hablar con alguien, una noche... O incluso en medio de la noche...

Eva – Claro... Tengo tu número, Antonio... Ahora tendré que...

Antonio – ¿Tienes ganas de estar un poco sola, lo entiendo...

Eva – Gracias...

Antonio – Escucha, Eva, cuando te veo así, tan...

Eva – ¿Tan?

Antonio – Tan...

Hace una pausa y de repente intenta besarla. Sorprendida, Eva se deja llevar un poco y luego se aparta suavemente.

Eva – Pero, Antonio...

Antonio – Perdona, no sé qué me pasó.

Eva – ¿No crees que estás yendo un poco rápido?

Antonio – Tienes razón... Pasaré en una hora o dos, ¿de acuerdo?

Eva – Está bien.

Antonio – No te preocupes, conozco el camino...

Antonio se va. Eva, todavía perturbada, arregla su apariencia. Adán sale de su escondite, furioso.

Adán – Vaya... No pierde el tiempo, ese... Mi mejor amigo, vaya...

Eva – ¿Qué quieres?... Él piensa que soy viuda.

Adán – Y tú tampoco puedes decir que lo rechazaste enérgicamente...

Eva – Es cierto que no es desagradable sentirse de nuevo en el mercado...

Adán – Pero, vamos... ¡No digas que preferirías que realmente estuviera muerto!

Eva – ¡Pero no! Es solo que...

(Alguien llama a la puerta)

Adán – Volveré a mi ataúd...

Adán regresa a su escondite. Eva abre la puerta.

Eva (*off*) – Ah, Gloria. Me alegra verte. (*Eva vuelve con Gloria.*) No puedes imaginar lo que nos está pasando.

Gloria – Estoy al tanto, Eva. Tu madre me lo dijo. Pero deberías haberme enviado una tarjeta.

Eva – Ah, pero es que...

Gloria – No importa, no te preocupes. Entiendo que tienes la cabeza en otra parte. Por cierto, me crucé con Antonio en la escalera, y me contó un poco...

Eva – No, pero no es en absoluto lo que piensas...

Gloria – ¿Para Antonio y tú, quieres decir? Pero vamos, yo no creo nada...

Eva – Ah sí, pero no... No hablaba de Antonio... Escucha, te voy a explicar todo...

Gloria – Déjame hablar primero... Entiendo tu dolor, por supuesto. Pero siempre pensé que Adán no era el tipo adecuado para ti...

Eva – ¿De verdad? Tú tampoco. Y, ¿por qué?

Gloria – No sé si debería decírtelo ahora, pero creo que puede ayudarte a superar esto...

Eva – ¿Qué?

Gloria – Adán era un mujeriego, Eva. Te engañaba con todo lo que se moviera.

Eva – ¿Adán? ¿Estás segura...?

Gloria – Estoy segura, créeme...

Eva – ¿Tuviste relaciones con Adán?

Gloria – No, nunca te haría eso. Eres mi mejor amiga. Pero si lo hubiera querido...

Eva – Entonces, ¿Adán te hizo avances?

Gloria – ¡Pero los hacía a todas las mujeres! Y cuando digo mujeres...

Eva – ¿Perdón?

Gloria – ¿Antonio no te lo ha contado?

Eva – ¿No me digas que Adán también se acostó con Antonio?

Gloria – No... Pero Antonio me contó que una noche, durante una de sus salidas de chicos, Adán estaba tan borracho que pasó la noche con un travesti. No se dio cuenta hasta la mañana siguiente.

Eva – ¿En serio?

Gloria – Escucha, eso ya no importa. Además, ¿qué quieres? Los hombres son así. Bueno, no todos, por suerte.

Eva – Estoy devastada...

Gloria – Es comprensible que lo estés, por supuesto... Pero, como dice tu madre: "muerto el perro, se acabó la rabia". Así que sinceramente, si tienes ganas de consolarte con Antonio, yo en tu lugar no dudaría ni un segundo.

Eva – Lo pensaré... Gracias por el consejo...

Gloria – De nada, ¿para qué sirve tener una mejor amiga si no? Bueno, debo irme, pero volveré un poco más tarde, ¿de acuerdo?

Eva – Pero por supuesto... En donde esté Adán, de todos modos no puede escapar así como así... (*Gloria se va y Adán reaparece, con una mirada culpable.*) ¡Te voy a matar, así ni siquiera tendré que enviar una tarjeta de condolencia, ya está hecho!

Adán – ¡Te juro que está mintiendo! ¡Todos están mintiendo!

Eva – ¿Por qué mancharían así la memoria de un muerto si no fuera cierto?

Adán – ¡Por diversión! Y porque ya no está aquí para defenderse... ¡Eso es por qué!

Eva – Claro, sí. ¡Tu abuela tiene razón, eres solo un degenerado! Así que, ¿también te acuestas con travestis?

Adán – Hoy en día, se les llama personas transgénero. Me dijo que se llamaba Carlota. A la mañana siguiente, como tenía dudas, rebusqué en su bolso. Es cierto que aparentemente, en su licencia de conducir de camiones, más bien decía Carlos.

Eva – ¡Así que lo admites!

Adán – ¡Te digo que no sabía que era un hombre!

Eva – ¡Pero me importa un comino si era con un hombre, una mujer o cualquier cosa en medio! ¡Lo importante es que me engañaste!

Adán – ¡Eh, no eres tú quien tiene derecho a decir nada cuando ya estás dejando que mi mejor amigo te toquetee mientras mis cenizas aún están calientes!

Están a punto de pelear. Un cura en sotana entra en medio de esta escena de discusión.

Cura – La puerta estaba abierta. Toqué, pero como nadie respondía... Me permití entrar...

Eva – ¿Quién diablos es ese? ¿Un exorcista? (*Señalando a Adán*) ¿Viene a liberar a este obseso sexual del demonio que lo posee?

Cura – Soy el Padre Francisco. Fue su abuela quien... (*Haciendo la señal de la cruz*) ¡Pero creía que estaba muerto! Venía a rezar por la salvación de su alma...

Adán – Verá, es que... (*A Eva*) ¡Di algo, por favor!

Eva – Sí... Mi esposo está realmente muerto... Pero este señor es su hermano gemelo. Armando...

Cura – Vaya... Ignoraba que Adán tenía un hermano gemelo.

Eva – Es muy reciente. Bueno, quiero decir... Yo tampoco sabía que tenía un cuñado... Acaba de llegar de Marsella. Nos sorprendió...

Cura – Ah, en efecto, el parecido es asombroso. Al mismo tiempo, la última vez que vi a su hermano fue en su bautizo... Hola, señor.

Se estrechan la mano.

Adán – Por favor, Padre, llámame Alberto.

Cura – Creí que era Armando.

Adán – Armando, por supuesto. Pero estoy tan conmovido. Tan pronto supe de mi hermano, vine de inmediato. Y pensar que nunca podré conocerlo de otra manera que bajo la forma... (*Mirando la urna*) de un montón de cenizas.

Cura – Entonces, lo hicieron incinerar...

Eva – Sí, lo sé, no es muy católico, pero no lo sabía. Y esos idiotas de la funeraria no nos dijeron nada al respecto cuando hicimos el pedido.

Cura – ¿Cómo es posible que no supieran que tenías un hermano gemelo?

Adán – Una oscura historia de espermatozoides congelados, tráfico de embriones y fertilización in vitro. Sería un poco largo de explicar. Pero la verdad siempre sale a la luz, ¿verdad, Padre? Como dicen en latín: "in vitro veritas"...

Cura – Eh, sí...

Adán mira hacia las pinturas.

Adán – De todos modos, era un artista inmenso...

El sacerdote echa un vistazo a las pinturas.

Cura – No sé mucho de pintura, pero...

Adán – Por supuesto, su estilo no era muy convencional. Pero estoy seguro de que, en el fondo, tenía un profundo respeto por la religión. Igual que yo.

Cura – Dios reconocerá a los suyos.

Adán – Por cierto, hay algo místico en su pintura, ¿no le parece?

El sacerdote no parece convencido.

Cura – Bueno, pero... (*Al ver la urna*) Entonces, aquí están las cenizas de...

Eva – Sí.

El sacerdote bendice las cenizas con una señal de la cruz.

Cura – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Adán – Amén.

Cura – Haré celebrar una misa en mi parroquia el domingo por el descanso de su alma.

Adán – Ah, sí, una misa. Es una buena idea. ¿Qué opinas, Eva?

Eva – Sí, si eso es lo que quieres... Quiero decir, sí, una misa. Con todo lo que mi esposo tenía de qué arrepentirse, después de todo, no puede hacerle daño. ¿Verdad, Armando?

Adán – Entonces, ¿era amigo de mi abuela? Es curioso, nunca me habló de usted...

Cura – Para ser sincero, ella tampoco me había dicho que tenía un segundo nieto... Entonces, si entiendo bien, usted conocía a su abuela, pero no a su hermano gemelo. Confieso que estoy un poco confundido...

Adán – Sí, yo también...

Eva cree conveniente intervenir para cambiar de tema.

Eva – Y usted, Padre, ¿cómo conoció a Yolanda? Quiero decir, la abuela de mi esposo.

Cura – Yo fui su confesor cuando era adolescente. Le hice su primera comunión. Y fui yo quien la casó.

Adán – Entonces, usted también conocía a mi abuelo.

Eva – Pues sí, ya que el señor cura dice que los casó...

Adán – Claro...

Cura – Bueno, creo que es hora de irnos. Bueno, creo que es hora de que los deje. Tengo algunos feligreses a los que debo visitar...

Adán – Vamos, Padre, usted va a celebrar el Beaujolais Nouveau con nosotros.

Cura – No pensé que este tipo de bacanales estuviera de moda en momentos como estos...

Eva – Créeme, el Beaujolais Nouveau siempre está de temporada. De hecho, yo lo bebo todo el año. (*Eva bebe su vaso de un trago y parece estar bastante borracha.*) Ah, sienta bien...

El sacerdote los mira a ambos con una mirada preocupada como si fueran demonios.

Adán – ¡Vamos! ¡Déjese tentar, Padre! Estas visitas a sus feligreses pueden esperar un poco, ¿no?

Cura – Me temo que no, hijo mío, se trata de la extremaunción.

Eva – Ah... En ese caso, Padre, le otorgo mi perdón.

Adán – Vaya en paz del Señor.

El sacerdote retrocede cautelosamente.

Cura – Volveré en un rato para saludar a Yolanda.

Adán – Ah, sí. Yolanda... Abuelita... Seguro que se sorprenderá de vernos a los tres juntos.

Cura – No se molesten... Cerraré la puerta al salir...

El sacerdote se va.

Adán – Un santo hombre.

Eva – Sí. A mí también me gustaría que dijeran una misa por mí en vida.

Adán – Debe ser muy conmovedor asistir a tu propio funeral...

Eva – Viendo a todas esas personas llorar por tus cenizas... Gente que te odiaba cuando estabas vivo...

Adán – Tal vez podría arreglármelas para asistir a la misa incógnito, escondiéndome detrás de una columna de la iglesia con gafas de sol.

Eva – Con música, sería aún más emocionante, ¿verdad? Mozart, ¿qué opinas?

Adán – Me haría muy feliz escuchar una última vez el Réquiem. ¿Sabes lo que dijo Mozart sobre esa obra?

Eva – No...

Adán – "Temo que compongo este réquiem para mí mismo". Unos meses después, estaba muerto. Al menos yo podré oírlo mientras esté vivo...

Momento de reflexión.

Eva – ¿Te das cuenta de que estamos organizando tu propio funeral en este momento?

Adán – Sí, y empiezo a ponerme un poco nervioso.

Ambos hacen un esfuerzo por recuperar la compostura.

Eva – Bueno, eso es suficiente, tenemos que poner fin a esta farsa de inmediato, o realmente nos volveremos locos.

Adán – Creo que ya estamos un poco borrachos. Pero tienes razón. Llamaré a cada uno de ellos uno por uno.

Eva – ¿Te das cuenta de que tendremos que devolver el cheque a tu galerista, renunciar al que mi madre quería darme y encontrar otra forma de pagar nuestros alquileres atrasados?

Adán – ¿Qué podemos hacer? Todas las cosas buenas llegan a su fin. Incluso la muerte...

Eva – Nunca pensé que te oiría decir eso algún día.

Adán sale. Llaman al timbre. Eva va a abrir la puerta. Llegan Antonio y Gloria.

Antonio – Hola, Eva... Somos nosotros de nuevo...

Gloria – ¡No íbamos a dejarte sola en un día como este!

Victoria llega después.

Victoria – Buen día a todos. Para los que no me conocen, soy la madrastra de nuestro querido difunto...

Gloria – Es una gran pérdida para todos nosotros.

Antonio – Era mi mejor amigo.

Victoria (*entregando un cheque a Eva*) – Toma, te hice un cheque... Si puede ayudar a aliviar tu dolor de viuda...

Eva – Gracias, pero...

Victoria – En cualquier caso, debería ser suficiente para pagar los gastos de la cremación.

Antonio – Vamos, tomemos una copa de Beaujolais, eso nos animará. Y estoy seguro de que Adán no querría que estuviéramos tristes en su funeral.

Se sirve una copa de Beaujolais sin servir a los demás.

Gloria – Es cierto. Le encantaba la vida, ¿verdad?

Eva – Sí, por supuesto, pero...

Gloria – Estoy segura de que desde donde está, nos está mirando en este momento y no le gustaría vernos llorar.

*Adán asoma la cabeza desde su armario pero vuelve a entrar en su escondite.
Antonio alza su copa.*

Antonio – ¡Por la vida que continúa! Sin él...

Brindan.

Gloria – Sé que no es fácil para ti hablar de esto, pero ¿cómo murió?

Eva – No sé muy bien cómo decirles esto, pero...

Antonio – A los treinta y dos años, es muy joven para morir...

Gloria – ¿Tenía treinta y dos años?

Victoria – ¿Ya estaba un poco deprimido, verdad?

Gloria – ¿Quieres decir que...? ¿No me digas que... se suicidó?

Eva – Es un poco más complicado que eso...

Antonio – No debería decir esto, pero de alguna manera no me sorprende...

Eva – ¿Ah sí? ¿Y por qué?

Antonio – No podemos decir que su vida fuera un gran éxito, ¿verdad?

Eva – Ah, entiendo...

Gloria – No lo tomes así... Solo estamos diciendo que era más bien... un artista maldito.

Victoria – Bueno, especialmente maldito, porque artista, la verdad...

Eva – Van Gogh también se suicidó. Y fue un genio de la pintura.

Gloria – Desgraciadamente... no basta con suicidarse para convertirse en un genio de la pintura.

Antonio – No es falso, desafortunadamente...

Eva está indignada.

Eva – ¿Entonces así ven a mi esposo? ¿Un fracasado? ¿Hasta el punto de que su vida no valía la pena vivirla?

Gloria – ¡Para nada!

Antonio – No dijimos eso.

Victoria – Reconoce que su suicidio es lo único que logró en su vida.

Eva respira profundamente antes de continuar.

Eva – Está bien... Pero voy a decepcionarlos a todos. Tengo algo que decirles...

Gloria – Sí... ¿qué pasa?

Eva – Alban no está muerto. Está escondido en este armario. Va a unirse a nosotros, pero prefería advertirles antes para evitar un choque demasiado fuerte...

Espera una reacción que no llega.

Gloria – Claro, Adán está con nosotros en nuestros corazones. Y siempre lo estará, ¿verdad?

Antonio – Es obvio.

Eva – No, quiero decir... Él está realmente en ese armario. Vivo.

Los demás intercambian miradas incómodas.

Victoria – ¡Vamos, Eva! Adán no está en ese armario, está en esa urna china, muerto.

Todos miran hacia la urna. Adán aprovecha para salir de su armario y se dirige a la habitación.

Antonio – Creo que es mejor no contradecirla.

Victoria – Absolutamente...

Gloria le ofrece una copa.

Gloria – Toma, bebe algo, te hará bien. (*Más bajo*) Me pregunto si hice bien en decirle que su esposo la engañaba con camioneros transgénero...

Victoria – Es solo un pequeño bajón, Eva. Después de un golpe tan grande, es normal.

Gloria – Necesitarás un poco de tiempo para superarlo, pero verás, al final lo olvidarás.

Eva – Muy bien, lo han conseguido. (*Eva abre el armario sin mirar adentro*). Entonces...

Los demás miran el armario vacío. Eva se voltea hacia el armario y tampoco ve a su esposo.

Eva – Vamos, Adán, no hagas el tonto, sal de ahí.

Eva examina el armario y queda desconcertada.

Eva – No entiendo... ¡Adán! ¿Dónde demonios estás?

Situación incómoda en general.

Gloria – Bueno, Eva, tu esposo ha fallecido...

Alguien llama a la puerta.

Victoria – Iré a abrir...

Victoria sale.

Cura – Buenos días, hija mía. Yolanda todavía no ha llegado, ¿verdad?

Victoria vuelve con el cura.

Victoria – Ah, señor cura, usted podrá ayudarnos. Creo que mi hija todavía no puede aceptar que es viuda...

Eva – Padre, ¿lo vio, verdad? ¿El gemelo de Adán?

Victoria (*en voz baja al cura*) – Me pregunto si su exmarido no la habrá hechizado. Tal vez podría hacer algo, padre, como usar un crucifijo y agua bendita, como se ve en las películas de terror...

El cura está un poco abrumado por la situación.

Eva – ¡Alberto, su gemelo! Bueno, no es su gemelo. ¡Es él... es Adán!

Curé – ¿Alberto...?

Eva – Sí, bueno, Armando, si prefiere. ¡Pero Armando no existe tampoco!

Todos miran a Eva con tristeza.

Eva – ¡Pero si les digo que es su abuelo el que murió!

Antonio – ¿El abuelo de Armando?

Victoria – ¿Pero quién es Armando?

Eva – ¡Escúchenme, esto es ridículo! ¡Él no está muy lejos! ¡Adán! ¡Adán!

Nadie viene. Eva sale.

Gloria – La pobre...

Victoria – Este desgraciado la ha vuelto completamente loca...

Antonio – Creo que deberíamos dejarla descansar un poco.

Gloria – Se la confiamos, padre.

Cura – Haré lo mejor que pueda, pero les advierto que no hago milagros...

Antonio y Gloria se van.

Victoria – ¡Eva!

Victoria sale. El teléfono del cura suena con una música religiosa (órgano o canto gregoriano).

Cura – ¿Hola? ¡Ah, Yolanda! Sí, sí, estoy aquí. ¿Te has perdido? Pero, ¿dónde estás? Muy bien, no te muevas. Voy a buscarte.

El cura sale. Adán aparece. Eva regresa también.

Eva – ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

Adán – Mira, no quería asustarlos de repente apareciendo de un armario.

Eva – ¿Entonces prefieres hacerme pasar por loca?

Adán – Admite que es suficiente para tener un ataque al corazón. Incluso Jesucristo esperó tres días antes de salir de la tumba. Y antes de eso, difundió el rumor de su resurrección para no traumatizar a nadie... Te aseguro que es mejor hacerlo suavemente...

Eva – Quédate ahí. Mi madre va a volver, y tendrás la oportunidad de practicar la suavidad con ella. Iré a buscarla.

Eva sale.

Adán – Quizás sea una oportunidad para deshacerme de mi madrastra, creo que tiene el corazón frágil.

Adán se acuesta en el suelo y se cubre con un paño (que puede ser el mantel de la mesa). Manuel regresa.

Manuel – ¿Hay alguien aquí? (*Manuel ve a Adán*) ¿El Señor Delaroca? Entonces, después de todo, murió...

Victoria regresa y ve a Adán.

Victoria (*sorprendida*) – ¿Pero qué hace aquí? Pensé que su esposa había optado por la cremación.

Manuel – Aparentemente, cambió de opinión...

Victoria – ¿Cómo se puede cambiar de opinión después de la cremación?

Manuel – La buena noticia es que para el obituario no cambiamos nada... Bueno, regresaré más tarde... Señora, mis respetos... Y mis condolencias, por supuesto...

Manuel se va.

Victoria – ¡Eva!

Eva regresa. Adán permanece tumbado en el suelo.

Eva – ¡Así que puedes ver que está vivo!

Victoria – Mira por ti misma...

Eva – ¡No puede ser!

Victoria – ¿No lo hiciste incinerar? Entonces, ¿quién está en esta urna?

Eva – ¡Oh no, Adán!

Adán se levanta como el Conde Drácula.

Adán – ¡Ooooooh!

Victoria – ¡Santo cielo!

Victoria se desmaya y la urna cae al suelo.

Eva – ¡Mamá! (*En pánico*) ¿Crees que está muerta?

Adán – Me temo que no...

Eva – ¡Eres un monstruo!

Adán – Se lo buscó, ¿no crees?

Eva – Recoge al menos a tu abuelo. Mientras yo recojo a mi madre...

Adán – Para el abuelo, tal vez debería buscar la aspiradora...

Victoria recupera un poco la conciencia y ve a Adán.

Victoria – ¿Entonces es cierto que no estás muerto?

Adán – Lo siento por decepcionarle, querida suegra.

Eva – No te preocupes, es solo un pequeño error de la funeraria. (*A Adán*) Ve por un paño húmedo, ves que no se siente bien.

Victoria – ¡Oh, Dios mío!

Victoria se desmaya de nuevo. Adán sale. La abuela regresa con el cura.

Yolanda – Quería pasar a ver a mi esposo en la residencia de ancianos, pero la recepcionista me dijo que lamentablemente se fue hace unos días. No sé dónde podría haber ido...

Eva – ¿No le informaron?

Yolanda – No... Parecían un poco incómodos... Me pregunto si él no tiene una amante...

Cura – A su edad...

Yolanda – Es obvio que no conoces a los hombres... Bueno, quiero decir... En cualquier caso, gracias por venir a apoyarnos en esta prueba, Padre. Es un gran consuelo para nosotros.

Eva – Sí, ¿verdad?

Yolanda – Desafortunadamente, este pobre Adán nos ha dejado para siempre.

Eva – Para siempre... ¿Quién sabe...?

Cura – Perdón...

Eva – Siempre existe la posibilidad de un milagro... Después de todo, Jesucristo resucitó tres días después de su muerte.

Cura – Sí, pero a él no lo habían incinerado.

Yolanda – Pobre niña... No creo que haya asumido la situación...

Se escucha un ruido cerca. Victoria recupera el conocimiento.

Eva – ¿Les sirvo una bebida reconfortante? Creo que pronto la necesitarán...

Cura – Gracias, pero solo bebo vino de misa.

Victoria – Sí, yo sí quiero.

Eva sirve una copa a su madre.

Eva – Tome cacahuets, Padre.

El cura toma un puñado de cacahuets y comienza a comer.

Cura – Querida Yolanda. (*A Eva*) Recuerdo cuando la hacía saltar en mis rodillas. No has cambiado nada.

Yolanda – Halagador...

Cura – Pero cuéntame, no me dijiste que tenías dos nietos.

Yolanda – Dos nietos...

Cura – Sí, los gemelos.

Yolanda – ¿Gemelos? (*En voz baja a Eva*) Creo que este pobre cura está empezando a perder un poco la cabeza... ¿Te importa si uso tu baño para arreglarme?

Eva – Pero por supuesto...

Yolanda sale. El dueño llega.

Juan – Escuché algo pesado caer, me preocupé... ¿Estás bien, Eva?

Eva – Algo pesado... Eh... sí, no se preocupe... Fue solo mi madre...

Victoria – Muy amable...

Adán regresa con una toalla en cada mano haciendo de fantasma.

Adán – Ouuuuh...

Se congela al ver a Juan. El cura se persigna.

Cura – Jesús, María, José...

Juan – ¿Señor Delaroca? Entonces, ¿no estás muerto?

Adán – Bueno, es decir que... No del todo...

Cura – Sabía que Adán no tenía un hermano gemelo...

Juan – ¿Pero qué significa esto?

Adán – Es solo un pequeño malentendido... Aunque les aseguro que no me siento muy bien en este momento...

Juan – ¡Pero es monstruoso! ¿Hacer creer que está muerto solo para obtener una extensión en el pago del alquiler?

Eva – No es en absoluto lo que cree, se lo aseguro...

Juan – ¡Basta ya! El cuadro que me dio hace un rato, se lo devuelvo. Mañana, enviaré a los alguaciles.

Se va.

Victoria – ¿Entonces quién ha muerto?

Eva – Nadie.

Adán – Bueno, sí, pero...

Eva – No es un miembro de la familia...

Adán – Bueno, sí... Pero de todos modos...

Eva – No vamos a poder salir de esta.

Gabriel llega.

Gabriel – Entonces, Eva, ¿has pensado en mi propuesta? He preparado un proyecto de invitación para la inauguración y...

Ve a Adán.

Gabriel – ¡Adán! ¿No estás muerto?

Adán – Sí... Bueno, quiero decir, lo estaba, pero...

Gabriel – No me digas que organizaste esta farsa de la cremación solo para que aceptara organizar la retrospectiva de tu obra.

Adán – Es un poco más complicado que eso, te lo aseguro...

Gabriel – Eres un verdadero psicópata...

Adán – Pero, ¿aun así, haremos esa exposición, no?

Gabriel – No quiero volver a verte en mi galería, ¿está claro?

Adán – Pero dijiste antes que era un genio desconocido...

Gabriel – Lo dije porque pensaba que estabas muerto.

Gabriel se va. Antonio regresa, con Gloria.

Gloria – Olvidé mi bolso... (*Al ver a Adán*) ¿Adán? ¿No estás muerto?

Adán – Eh, no, lo siento.

Antonio – Me decepcionas, Adán... Me decepcionas mucho... Pero, en fin... ¿Cómo te atreviste a hacernos a todos esta tenebrosa comedia? ¡Y sobre todo a mí, tu mejor amigo!

Adán – ¡Mejor amigo mío! ¡Ni hablar! ¡No he estado muerto ni cinco minutos y ya está tratando de acostarse con mi mujer!

Antonio – En cualquier caso, sé reconocer a una mujer cuando la veo...

Adán – ¡Maldito!

Adán se lanza sobre Antonio. Eva se interpone. El cura se persigna.

Eva (*de repente furiosa*) – ¡Pero suéltalo!

Eva agarra a Antonio firmemente y lo hace volar por los aires, sorprendiendo a todos.

Antonio – Prefiero irme, pues... Pero ten en cuenta que ya no soy tu mejor amigo. De hecho, ya no soy tu amigo en absoluto.

Antonio y Gloria se van. Adán parece completamente abatido.

Adán – Tengo la desagradable sensación de que todos me odian por no estar muerto...

Eva – Todo se arreglará, ya verás...

Adán – Vaya... Estamos al borde del divorcio, estamos peleados con lo poco que nos queda de familia, hemos perdido a todos nuestros amigos, no tengo galerista, los alguaciles vendrán mañana.

Cura – ¡Y si estuviera en mi poder, los excomulgaría en el acto! ¡Es una vergüenza!

Yolanda regresa del baño, pero no ve a Adán de inmediato.

Yolanda – Vaya, qué cara que tienen.

Eva (*en voz baja a Adán*) – Todavía falta decirle a tu abuela que es viuda...

Yolanda ve a Adán.

Yolanda – Buenos días, señor... (*Reconoce a Adán*) ¡Oh, Dios mío! Entonces, ¿era cierto, padre? ¿Adán tiene un hermano gemelo?

Adán – Eh... No, abuela... No exactamente...

Yolanda – ¿Entonces eso significa que... Adán? ¡Estás vivo!

Eva – Sí... ¿verdad? Es divertido.

Cura – Diría más, es un verdadero milagro...

Yolanda – ¡Mi nieto, resucitado después de ser incinerado! ¿Es usted el responsable de este milagro, padre?

Cura – Lamentablemente no, Yolanda, si tuviera ese poder, ya me habrían canonizado hace tiempo... Aún así, necesitare que me digan por quién debo rezar una misa el domingo.

Eva – Es solo un malentendido...

Cura – Mientras tanto, ¿me permiten lavarme las manos? No hago milagros, pero las unciones extremas también pueden ser extremadamente sucias a veces.

Eva – Por supuesto, padre, aquí está el baño...

Cura – A menos que sean las cacahuetses...

El curé se va. Yolanda mira la urna.

Yolanda – Pero entonces, ¿quién está en el jarrón chino?

Adán – Alguien a quien no conoces.

Eva – Bueno, más o menos.

Manuel regresa y se dirige a Eva.

Manuel – Ah, señora Delaroca. Quería saber qué había decidido con respecto al cuerpo de su esposo. (*Manuel ve a Adán*) ¿Señor Delaroca? Pero pensé que estaba muerto. Debería decidirse de una vez...

Adán – ¡Le digo que es mi abuelo, el difunto!

Yolanda – Tu abuelo?

Eva – Sí, su esposo, Yolanda.

Yolanda – Ah, entiendo...

Eva – Lo siento mucho. Realmente no sabíamos cómo decirse esto.

Manuel – Entonces, al final, aquí está la viuda... Querida señora, en nombre de la funeraria, le presento nuestras más sinceras condolencias.

Adán – Bueno, nos puede dejar, por favor...

Manuel – Me voy... Y en cuanto a la factura...

Adán le lanza una mirada asesina.

Manuel – Lo veremos más tarde, tiene razón...

Manuel se va. A Yolanda no parece afectarle mucho. Ella ofrece su vaso.

Yolanda – Bueno, yo tomaría un poco de vino tinto.

Eva la sirve.

Adán – Parece que no te afecta mucho, abuela, saber que eres viuda...

Eva – Hicimos todo esto para no preocuparle...

Yolanda – Todos deben partir en algún momento... Y además, él era muy viejo, ¿no?

Eva – Ciento dos años.

Yolanda – Escucha, Adán. Puedo decirte esto ahora que está muerto...

Adán – ¿Qué más?

Yolanda – Tu abuelo... no era realmente tu abuelo.

Adán se sorprende.

Adán – ¿Cómo que no era mi abuelo?

Yolanda – Digamos que... tu padre no era el hijo biológico de tu abuelo.

Adán – Entonces, mi abuelo no era realmente mi abuelo.

Yolanda – Eso es lo que trataba de decirte, de hecho.

Adán – Es extraño, pero eso me alivia, no tener un abuelo colaboracionista...

Eva – Entonces, si entiendo bien, el padre de Adán es el resultado de una relación extramatrimonial.

Yolanda – Tu verdadero abuelo es un hombre que conocí antes de casarme en la iglesia.

Eva – Y supongo que eso apresuró un poco la ceremonia...

Adán – Veo... Entonces, con el tipo en la urna china, fue más un matrimonio de conveniencia que un matrimonio por amor.

Eva – Y por eso, después de tantos años, no compartieron la misma residencia de ancianos.

Adán – Pero, ¿quién es mi abuelo entonces?

Yolanda – Eso es... un poco difícil de decir.

Adán – No me digas que mi abuelo era un oficial de las SS y que te casaste con mi abuelo para evitar ser rapada después de la liberación...

Yolanda – Pero no, qué tonterías estás diciendo...

Adán – ¿O soy el nieto secreto del Mariscal Pétain? Me dijiste que fue testigo de tu boda...

Yolanda – De hecho, tu abuelo todavía está vivo.

Eva – Ves, Adán, al final, es una buena noticia... Pierdes a un abuelo muerto, pero recuperas a otro que está muy vivo.

Adán – ¿Entonces podré conocerlo?

Yolanda – De hecho, ya lo has conocido.

Adán – ¿Ah, sí?

Yolanda – Pero tu abuelo no sabe que tiene un nieto.

Eva – Esto suena como si estuviéramos en una mala serie de televisión...

Adán – Ah, entiendo... Pero podré verlo de todos modos...

Yolanda – Tan pronto como regrese del baño.

Adán está sorprendido.

Eva – Ahora entiendo mejor cuando usted decía que lo conocía íntimamente...

Yolanda – Dado su estado, entenderás que es mejor que siga sin saber que tiene un nieto.

El cura regresa del baño.

Cura – No sé si es el momento adecuado para decirles esto, pero permítanme señalarles que tienen una pequeña fuga debajo del lavabo del baño...

Adán – Una fuga... Sí, sí, este es el momento perfecto, padre.

Eva (*en voz baja a Adán*) – No podrás llamarlo abuelo, pero siempre puedes llamarlo Padre...

Cura – Bueno, creo que los dejaré, mis hijos. Todos hemos tenido suficientes emociones por hoy...

Adán – Así es. Adiós, Padre...

Cura – ¿Vienes, Yolanda?

Yolanda – Te sigo, Padre...

Cura (*a Adán*) – Rezaré por usted. Parece que lo necesita...

Yolanda – Bueno, estuve encantada de volver a verte en la ocasión de tu cremación, Adán.

Yolanda y el curé se van.

Adán – Pensé que era el nieto de un colaboracionista, pero resulta que soy el de un cura integrista... No estoy seguro de haber ganado con el cambio.

Permanecen abatidos durante un momento.

Eva – Al menos, finalmente podremos comer nuestras pizzas tranquilamente... Aunque probablemente estén frías ahora.

El teléfono móvil de Eva suena.

Adán – Ves, hablaste demasiado pronto...

Eva mira la pantalla de su teléfono.

Eva – Es un mensaje de la funeraria...

Adán – Temo lo peor.

Eva – No, no, te hará reír, pero es más bien una buena noticia.

Adán – ¿Una buena noticia de parte de la funeraria? Me gustaría saber qué podría ser.

Eva (*leyendo*) – "Error de la funeraria a tu favor"...

Adán – Parece una tarjeta de suerte en el Monopoly.

Eva – Han revisado nuestro expediente y reconocen parte de su error. Están dispuestos a hacer un gesto comercial.

Adán – ¿Ah, sí? ¿Y qué proponen? Si al menos pudiera ayudarnos a pagar parte de los alquileres atrasados y evitar el desalojo...

Eva – Nos regalan el jarrón chino.

Adán – Como mencionaste antes... Siempre podemos usarlo como paraguero...

Eva – Ahora solo falta decidir qué haremos con tu abuelo.

Adán – En realidad, después de todo, él no es realmente mi abuelo. Es simplemente el esposo de mi abuela.

Eva – Un esposo cornudo.

Adán – Además de ser un colaboracionista...

Perplejos, ambos consideran un momento la urna china.

Eva – Está bien, iré por la aspiradora...

Oscuridad. Sonido de aspiradora.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
La función no está cancelada
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas Callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Noviembre 2023

ISBN 978-2-38602-060-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.